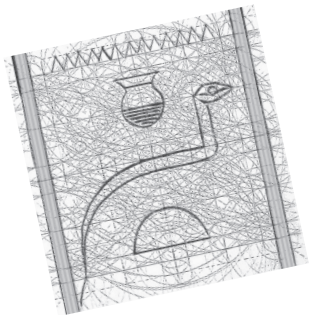




'Geometría de la lengua'

Ensayo en torno al acto de escribir¹

RICHARD MILLÁN TORRES²

Pasearse en medio de paisajes, disfrutarlos, saborearlos, extasiarse con ellos, buscar sus sitios más recónditos e introducirse en su espesura; explorar sus misterios, sorprenderse, cuestionar lo malo y lo feo, o regocijarse con lo conocido; tratar de salir y entrar en otros; alterarlos, tomar algo de ellos y construir un nuevo espacio, aburrirse, alegrarse, sucumbir ante sus contundencias o definitivamente alejarse de allí y crear nuevos paisajes que reflejen el pensamiento propio, alimentado con lo que otros paisajes aporten, son definitivamente las pautas que marcan este escrito.

Me planteo inicialmente el ejercicio de la escritura por la escritura, como un ejercicio provocador. Escribir por escribir no es un asunto pernicioso, pues le permite al escritor abrir caminos de pensamiento, lo pone a reflexionar sobre su pensar, sobre la existencia misma,

sobre retomar rutas olvidadas o buscar otras nuevas; por eso considero que hay que escribir a veces sin motivo alguno.

Probablemente esto parezca contradictorio, pues al escribir siempre hay motivos, no siempre importantes tal vez, pero en fin, son motivos. Esa aparente confusión que me invade al escribir estas palabras podría aclararse mañana; pero el escrito que hago hoy, está sin remedio mediado por lo que pienso, siento, percibo y quiero ahora. La incidencia del estado de ánimo del autor al momento de escribir, le determina al escrito su futuro, incluso su corta o larga vida. De allí que este ejercicio se hace sin el prejuicio de lo que puede provocar o significar en y para otro.

Los 'paisajes escriturales' del maestro Miguel González, me marcaron rutas de exploración por nuevas posibilidades de la escritura, y aunque escribir en esta línea no es mi costumbre, me interesa desarrollar nuevas formas de exploración a través de las letras, como la que me permite asegurar que llenarse de motivos es una constante en el ser humano; para bien o para mal, hay que llenarse de motivos para hacer, para hablar, para oír, pero sobre todo para discutir. Existen motivos para todo, también discusiones de todo, están las que se hacen desde el amplio conocimiento de un tema, con fundamento, conceptos y teorías; hay otras discusiones que se hacen desde la fe o desde la creencia absoluta de algo.

Discutimos sobre una película que no es más que la dramatización de nuestras vi-

1 Este escrito es el resultado de una reflexión académica como parte de la formación en Maestría del autor.

2 Licenciado en Ciencias Sociales. Comunicador Social y Periodista. Profesor del Área de Lenguaje Audiovisual del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. richardmillan@umanizales.edu.co

das, o de lo que ya conocemos, o de lo que sabemos ocurre, o de lo que consideramos también acontece en nuestro país, o de lo que creemos se parece a lo nuestro pero que a la vez es muy lejano, o de lo que consideramos fuera de contexto frente a la realidad que vivimos; bueno, esto último se entiende, pues nuestra realidad es peor que la ficción, aunque si lo vemos con los ojos de un director taquillero podría ser mejor la realidad que la ficción. Pero también discutimos sobre la fe a partir de lo que pensamos y de lo que nos incumbe; y provocados por las tres versiones de judas, se nos ponen los pelos de punta, nos repensamos en esa fe, en nuestras creencias inculcadas en el hogar y hasta llegamos a dudar de verdades aceptadas sin discusión y que hasta ahora no habrían requerido revisión.

Aquí ninguno se escapa a las preocupaciones generadas por los asuntos de la fe, el orientador, por ejemplo, se siente acorralado por algo insospechadamente interesante para su postura respecto a la existencia de Dios. Con una permanente discusión con los estudiantes, fundamentada en una aferrada creencia cristiana, el profesor ve confrontado su ateísmo a una turba de fervientes creyentes que hasta podrían ser peligrosos si se les atacan sus creencias. Y es que cada vez uno se encuentra más ateos en este mundo, y también a quienes se les califica de ateos sin serlo, y que en el fondo solo buscan repensar la existencia de Dios, como le ocurrió a Nietzsche, cuando dijo: 'Dios ha muerto'. No lo dejaron ni explicar su frase, antes de condenarlo sin remedio.

También pienso que los ateos, aunque niegan la existencia de Dios, no pueden dejarlo a un lado, pues necesitan de Él para ser ateos, de lo contrario, tendrían serias crisis existenciales. Ese es otro pensamiento suelto, que ojalá pueda

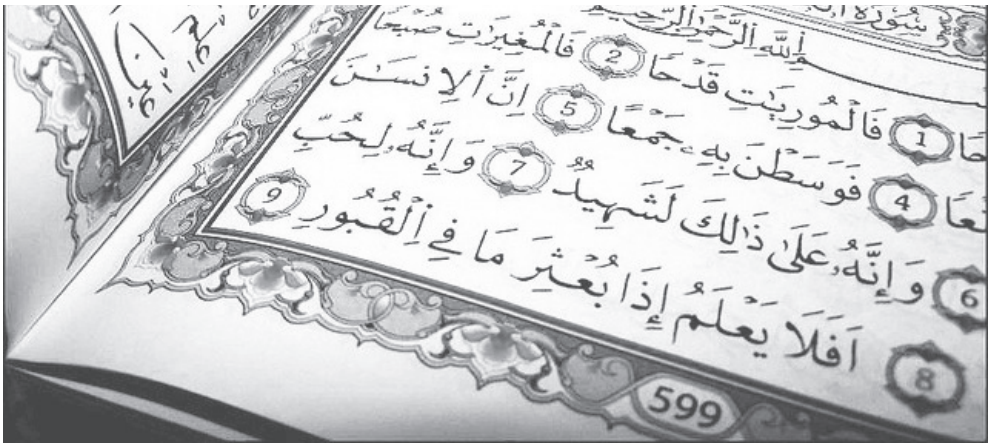
amarrarlo algún día a una buena discusión con quienes dicen serlo.

Así transcurren los falsos motivos para la escritura, discutiendo con sentido la necesidad de defender ideas y postulados, creencias y aprendizajes; discutimos desde el sentido común, desde lo que leemos, desde lo que entendemos y con el sonido a lo lejos de una vieja tonada que nos invita a regresar al pueblo natal; sentimos que debemos seguir discutiendo sobre el trasegar, sobre la vida, sobre el cómo, el qué y el para qué, pues se hace necesario repensar lo que hacemos y el cómo lo escribimos.

Este escrito versa sobre muchas cosas pensadas, pero especialmente en la necesidad de revolcar el vocabulario, aprovecharlo, encontrar otros sentidos y darle nuevas rutas a la forma de escribir; y es precisamente la forma, el fundamento de lo que sigue a continuación.

El escribir se convierte en un desahogo del ser humano, es la oportunidad de expresar sus pensamientos, sus puntos de vista, su reflexión sobre lo que desea; como lo señala Barthes, es la 'geometría de la lengua' y como tal, debe partir del punto, como elemento primario y fundamental, de la geometría y también de la escritura.

El punto es la mínima expresión geométrica, tal vez no signifique nada, pero unido a otro punto le da sentido a la figura. Solitario, el punto solo es un elemento, la intuición de quien lo hace, le da sentido a su existencia, de allí parten las figuras y también las ideas. Pero el punto también le da sentido a las ideas, le cambia el significado y hasta permite que las ideas descansen. El punto también es el centro del plano cartesiano, es la intersección de las líneas; al igual, en la escritura es el que media entre una idea y otra, entre un párrafo y otro, es la pausa en medio del diseño escritural.



Si unimos muchos puntos, le damos vida a la recta o a la línea recta, pero al igual que el punto, esta última poco puede hacer si se encuentra sola. La recta vive conceptualmente en la medida en que está referenciada por otros elementos. La línea recta nos señala caminos y direcciones. La escritura es la marca de esos caminos, es fijar propósitos mediante un escrito en el que se configure el pensamiento, en el que se haga tangible una idea; es el momento de reificación de las ideas, para que no se queden en la ilusión de ser y se conviertan en algo contundente.

Pero la escritura necesita avanzar, no puede ni debe quedarse en un solo punto, para que surja el espacio como elemento fundamental de esa geometría. Con la posibilidad de hacerse infinita, la escritura plantea en el espacio sus intenciones, sus posiciones y la dimensión de sus contenidos. El espacio para escribir debe ser infinito, constante, tangible o intangible, solo se requiere de su existencia para que la letra se dibuje, para que la grafía adquiera vida propia y la dimensión deseada.

Para escribir es fundamental establecer propósitos en el mensaje que se construye, pero no siempre se logra que el mensaje se entienda en el espíritu

del autor. Allí, el 'paisaje escritural' adquiere forma de polígono y comienza a apuntar hacia diversas direcciones, que aunque no necesariamente están definidas por el escritor, sí se generan a partir de los intereses, el capital cultural, las necesidades, el estado de ánimo o cualquier otra circunstancia que medie entre el lector y el escrito.

La escritura tiene muchas formas, sus trazos permiten advertir sus propósitos, pero su compleja construcción evita que sea homogénea ante los ojos del lector. Considero que así debe ser, la comprensión lectora debe diferenciarse a partir de los individuos. Un texto no debe ser una obra que todos interpreten igual, su magia está en que cada línea tiene un significado en forma de polígono, permitiendo su comprensión en diversos rumbos.

Con la exactitud geométrica, un escritor construye su texto, lentamente va armando su discusión, se llena de elementos argumentados, pero su escrito seguirá siendo una fantasía de poliedros, en el que las múltiples caras de su mensaje darán libertad al lector de regocijarse, enojarse, repensarse y hasta enfrentarse con el autor. Esa magia que tiene cada escrito no siempre 'encanta' a quien lo

lee, pues el escritor no tiene la posibilidad de escoger a sus lectores. Él no elige a sus cómplices, simplemente escribe y deja que las palabras tomen sus rumbos en las mentes de quienes se encuentran con ellas

... la reflexión del escritor sobre el uso social de su forma y la elección que asume, colocada en el centro de la problemática literaria, que solo comienza con ella, la escritura es por lo tanto esencialmente la moral de la forma, la elección del área social en el seno de la cual ese escritor decide situar la naturaleza de su lenguaje. Pero esta área social no es de ningún modo la de un consumo efectivo. Para el escritor no se trata de elegir el grupo social para el que escribe; sabe que, salvo por medio de una revolución, no puede tratarse sino de una misma sociedad. Su elección es una elección de conciencia, no de eficacia. Su escritura es un modo de pensar la Literatura, no de extenderla... No pudiendo ofrecerle un lenguaje libremente consumido, la historia le propone la exigencia de un lenguaje libremente producido (Barthes, 1973, p. 19).

Ese es el destino de la escritura, un mundo de trazos complejos de ideas y pensamientos, que a la postre termina siendo un mundo fantasioso, con infinitas posibilidades para el autor y para el lector. Escribir no es cosa fácil, paradójicamente lo digo desde mi disciplina periodística. Una cosa es redactar una noticia y otra, muy, pero muy diferente, es hacer un ensayo con elementos propios de la literatura, en el que se parte de sentimientos, pensamientos, reflexiones, observaciones y hasta decepciones.

Comienzo este camino con el férreo entusiasmo de crecer en la escritura, de pro-

fundizar en la literatura, de enriquecer el vocabulario propio de este género, en aprender a razonar y dejarlo plasmado, en escribir lento y pausado, en revisar y reescribir, en generar aportes a la sociedad y establecer nuevas posibilidades de expresión. Es una verdadera búsqueda que disfruto, es un momento en mi vida que pensaba estar haciendo otra cosa con las letras, tal vez, solo leyéndolas y disfrutándolas, pero por ningún motivo voy a dejar lo que hoy inicio.

Hoy el propósito es explorar otros caminos, otros relatos, de hallar otro deleite en la escritura, cambiar hábitos y formas, modelados por muchos años a través del relato noticioso. Llegó la hora de replantear esa geometría del lenguaje, es la hora de mejorar los trazos, pero sobre todo, es hora de que esos trazos digan mucho más que noticias y darle libertad a la escritura, recordando a Barthes y pensando en todos los que de un modo u otro pertenecen al mundo de las letras, estudiantes, profesores o periodistas:

Bien es sabido que el sujeto con gramáticas restringidas enseña pobremente, crea hombres bonsái, en palabras de Zemelman, de pensamiento pequeño, cuyo mundo de la vida no supera los presupuestos ideológicos ni encuentra puntos de quiebre en los discursos de la institucionalidad, convierten el aula en jaula, el salón de clases en cárcel de expresiones congeladas (González, 2009).

Referencias Bibliográficas

- Barthes, R. (1973). *El grado cero de la escritura, seguido de nuevos ensayos críticos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores
- González, M. (2009). *Horizontes Humanos: límites y paisajes*. Manizales, Colombia: Universidad de Manizales